

GONZÁLEZ, FRAY DIEGO TADEO (1732-1794)

CANCIONES

CANCIÓN

*Al río Guadalete*

Guadalete gracioso,  
que en repetidos tornos dividido  
el curso has suspendido  
que hasta arcos seguías presuroso;  
y en la pereza con que de él te alejas  
das a entender que dejas  
con repugnancia su terreno bruto  
retardando al océano el tributo,  
escucha de un ausente  
del gaditano suelo, las razones

que de tus detenciones  
y rodeos arguyen lo imprudente,  
bien cierto que si tú las contemplaras  
el paso aceleraras  
por lograr mejor aire, mejor suelo,  
mejor sol, mejor luna, mejor cielo.

¿Qué tiene este terreno  
que pueda parecerle delicioso?  
Es áspero, fragoso,  
desigual, peñascoso, nada ameno,  
que verle al corazón cubre de luto;  
y ser terreno bruto  
tu repetido torno lo asegura,  
pues con uno le formas la herradura.

Ni detenga tu paso  
la vista aunque parece apetecible  
de un pueblo inaccesible  
de toda sociedad, y bien escaso,  
do casa sobre casa fabricada  
una en otra apoyada,  
vinculan ciertamente su caída  
por divino presagio prevenida.

¡Desventurada gente  
que en punto de sus dioses dividida  
será desatendida  
su ofrenda, ¡como culto irreverente!  
Pues nunca fue aceptable, ni propicio  
a Dios el sacrificio  
que en vez de unir las gentes en concordia  
es inmortal origen de discordia.

De tanto desacato  
retira, Guadalete, tus cristales  
antes que tantos males  
mancillen su pureza con el trato,  
y ya de confusión, y horror cubierto  
sigue derecho al puerto  
de do parten alegres los bajeles,  
al grande emporeo de las gentes fieles.

De aquí a muy corto trecho  
te dará el Majaceyte sus cristales;

que aunque pobre en caudales,  
va siguiendo su curso más derecho,  
y este nuevo socorro de agua pura  
te añadirá presura  
para que huyendo de la gente fiera  
llegues presto a la dicha que te espera.

De amargo sentimiento  
mis lágrimas vertidas por presente  
agrego a tu corriente  
para hacer más veloz su movimiento.  
Ni tu caudal por dulce, con desvío  
desdeñe el llanto mío;  
que aunque tiene en su origen amargura  
la pierde en mis canales de dulzura.

Así que enriquecido  
con tal caudal corriendo presuroso  
por puerto delicioso  
darás al mar tributo encarecido,  
y allí con tus cristales confundidas  
mis lágrimas sentidas  
podrán lograr la venturosa suerte,  
que no le es dada al triste que las vierte.

De Cádiz el hermoso  
besar podrán el muelle celebrado,  
donde Hércules osado  
a sus conquistas puso fin glorioso.  
O tal vez de furiosos vendavales  
movidos mis raudales  
podrán ¡qué dicha! en olas encrespadas  
asaltar sus murallas deseadas.

Y el asalto logrado,  
da, Guadalete, al mar, como es debido  
el caudal recibido,  
pues con tal condición te fue entregado.  
Mis lágrimas irán más adelante  
a pagar un amante  
feudo a seno mejor que las reciba,  
que algo tiene de mar quien las motiva.

Y si en caso impropicio  
no hallan en este mar buena acogida,

juro que ya en mi vida  
no alzaré en sus altares sacrificio  
a la sacra deidad que en Cipro mora,  
y mi lira sonora,  
en vez de los primores gaditanos  
cantará los blasones carpentanos.

## CANCIÓN

*A Vecinta desdeñosa*

¿Por qué tan desdeñosa  
miras Vecinta bella  
a Delio fiel que tu ventana atiende?  
Si de él estás quejosa  
explica tu querella,  
y el fuego del enojo que te enciende  
contra quien no comprende  
en sí mayor pecado,  
que el haberle Diana  
con sentencia inhumana

a triste y dura cárcel condenado.  
¡Ay! ¡que de tu desvío  
sospecho mayor causa en daño mío!

Si fueran tus rigores  
para todos iguales  
y eterno fuera, el daño de tu cara;  
sufriera mis dolores  
y callara mis males,  
o sólo de mi suerte me quejara,  
ni el desdén extrañara;  
que el haber siempre amado  
a las Lices esquivas,  
o Dafnes fugitivas  
ésta mi estrella es, éste mi hado.  
¡Ay! ¡que Vecinta hermosa  
tan solo para Delio es rigurosa!

Dando al cielo alegría  
alzas los bellos ojos  
a Jualindo que el alto techo mora,  
¿quién vio más claro día?

y luego con enojos  
los diriges a Delio sin demora.  
¿Quién vio más triste hora?  
y sólo en tu semblante  
centro de amor y tedio  
sin crepúsculo medio  
se miran ¿qué prodigio? en un instante  
juntarse en lazo raro  
la triste noche con el día claro.

Si buscas ser querida  
hallarás en mi pecho  
el Cipro, y Pafo donde Venus mora,  
si a ser aborrecida  
te inclina tu despecho,  
no desprecies, Vecinta, a quien te adora,  
dejate por ahora  
de ese mirar esquivo,  
y el rostro desdeñoso  
convierte en amoroso,  
¿No ves que del amor el fuego activo  
en el desprecio prende,  
y el soplo adverso más la llama enciende?

A la noche funesta  
sucede el claro día  
y torna a los mortales el consuelo.  
La parda nube opuesta  
que el aire entristecía  
en gruesos hilos de agua baja al suelo,  
y el ceño quita al cielo;  
y la mar alterada  
del vendaval furioso  
recobra su reposo,  
sigue a la guerra cruel la paz amada.  
Solo eterno percibo  
Vecinta, en tu semblante el ceño esquivo.

¡Ay! ¡Delio fementido!  
Quizá porque olvidaste  
de Mirta Gaditana la fe pura,  
al cielo has ofendido,  
las diosas enojaste.  
¡Ay! Delio, Delio vuelve en la cordura,  
sufre la pena dura  
a que te han condenado  
Diana encrudecida,  
y Venus ofendida;  
que es el morir de sed, porque has dejado  
las abundosas mares  
por la triste escasez del Manzanares.

¡Ay triste!... pero deja  
canción, y corta el hilo ya a la queja  
que tras la lengua noche vino el día,  
¿No viste como el alba se reía?  
Y que Vecinta hermosa,  
¿comienza ya a mirarte cariñosa?

## CANCIÓN

### *El triunfo de Manzanares*

Precioso Manzanares  
que entre arenas caminas, lento el paso  
cuanto en aguas escaso  
tanto rico en virtudes singulares,

dote que fue debido justamente  
a tu estrecha corriente,  
que nunca en lo crecido y abundoso,  
cifro naturaleza lo precioso.

A ti mi dulce acento  
se consagra esta vez; y si me es dada  
la lira celebrada  
de los lesbios, tu nombre daré al viento,  
y el triunfo por tu medio conseguido,  
si fuere permitido  
de los Cisnes que pisan tus arenas,  
de cuya grande fama el mundo llenas.

A tu margen se dignan  
congregarse los dioses celestiales  
cuando de los mortales  
los negocios más graves determinan.  
Por eso gracias mil te concedieron,  
y cuna te eligieron  
de claros, poderosos, altos reyes,  
que en dos mundos dominan, y dan leyes.

De ti el muy extendido  
Guadiana, de ti el Ebro deleitoso,  
y el Betis abundoso,  
el hondo Duero, el Tajo abastecido,  
y cuantos ríos cortan en porciones  
las Hesperias regiones;  
de ti uno reciben sus raudales  
leyes, y dirección, si no caudales.

Por ti el apresurado  
Genil al Betis sigue en derecha,  
y lleva el agua pura  
cual en su blanco origen se le ha dado.  
Por ti es libre del Tíber turbulento  
que con dañoso intento  
le quiso amancillar, y juntamente  
dar un extraño rumbo a su corriente.

Del Tíber, avezado  
a hacer temer a todas las naciones  
con sus inundaciones  
de Pirra el siglo a Roma amenazado.  
¡Ay! ¡Cuan entumecido, y orgulloso!

y su ímpetu furioso  
¡Ay! ¡cuántas bellas tierras dejó aisladas  
de nuestro amado suelo separadas!

Del Tíber que intentaba  
abolir las memorias aplaudidas  
a real nombre erigidas  
que la Bética gente veneraba,  
y el templo virginal invadir luego  
de la diosa del fuego  
presidente, aún cruel decreto airado,  
del soberano Jove no aprobado.

¡Ay! ¡cuánta desventura  
a la Bética gente aconteciera  
si Jove permitiera  
cumplir del crudo Tíber la ley dura!  
¡Cuántos males sufrieran! ¡Cuántos daños  
pastores y rebaños!  
Todo fuera trastorno, y falta de orden,  
extraña confusión, ciego desorden.

Sobre el olmo pomposo  
do sola la paloma asiento hiciera  
el torpe pez se viera,  
y como pez el gamo pavoroso  
surcara confundida la natura  
la cristalina anchura,  
y llevara Proteo sus ganados  
a los ásperos montes nunca hollados.

¿A cuál Dios invocara  
la confusa provincia, que a su ruina  
con presura camina?  
¡Ay! ¡y cuán vanamente fatigara  
el coro femenino las vestales  
con himnos virginales  
de la dormida diosa las orejas  
negadas a sus cánticos, y quejas!

¡A quién cometería  
Júpiter soberano el rayo ardiente,  
que a la afligida gente  
vengase de maldad, y alevosía?  
A ti fue dado, Manzanares bello  
el poder contenerlo,

y el buen Genil hallar pudo en ti sólo  
Marte, Venus, Amor, Mercurio, Apolo.

Así los otros ríos  
tanta parte te den de sus caudales,  
que sobre tus cristales,  
cruzen la Carpentania los navíos;  
como yo extenderé con más canciones  
por todas las naciones  
tu nombre, y fama; siempre agradecido  
al triunfo por tu mano conseguido.

Y tú, Genil dichoso,  
sigue al Betis, y anima de pasada  
la gente desmayada  
del habido temor, y victorioso  
ve cantando tu triunfo dulcemente,  
diciendo alegremente  
«No temáis; libres sois de tantos males,»  
y da nueva medida a tus raudales.

A quien no detuvieron

ni las amenas selvas, ni los prados  
de flores mil sembrados,  
ni su curso los hielos suspendieron,  
ni sus raudas orillas azotaron  
las olas; ni escucharon  
de las ranas el canto desabrido,  
ni bayón, ni espadaña allí se vido.

Sigue, pues, con presura  
por do la sabia mano te condujo  
con poderoso influjo,  
y santas leyes llenas de cordura,  
hasta que al verte raudo, y victorioso,  
el Betis amoroso,  
extendiendo los brazos luengamente,  
en su seno reciba tu corriente.

Y luego sosegando  
la presura los brazos paternos  
tus hermosos cristales  
hacia el mar gaditano irán llevando  
por terrenos fecundos deliciosos,  
y a los pueblos hermosos,



que en la apacible orilla fueres viendo  
la nueva de tu triunfo va esparciendo.

¡Ay! guarde que el encanto  
de margen sevillana lisonjera  
detenga tu carrera,  
ni quieras escuchar el dulce canto  
de las ninfas que forman mil cuadrillas,  
y en las frescas orillas  
hieren la blanda arena, que aunque ufanas  
son envidiosas de las gaditanas.

Antes cual sabio griego  
tus oídos atapa prontamente,  
y a paso diligente  
la lucarina playa ocupa luego,  
y sin temer escollos peligrosos  
entra en los abundosos  
y dilatados mares ya vecinos  
llenos de mil veleros ricos pinos.

Y luego hacia levante

dobra la larga punta aguda, y fiera  
del can, do pereziera  
mil veces el incauto navegante,  
y descubre el emporeo gaditano,  
y corre luego ufano  
a besar sus orillas reverente,  
y saludar la hermosa y dulce gente.

Y si entre los millares  
de ninfas, de hermosura, y gracia llenas  
que pisan sus arenas  
a la fiel, y divina Mirta hallares,  
que ignorar no podrás aun entre tantas  
besa sus bellas plantas,  
y dile de mi amor cuanto tú puedas,  
con que añadas que siempre corto quedas.

Dile que en la ribera  
del apacible Tormes argentado  
apasta su ganado  
el triste Delio, cuya suerte fiera  
quizá por apagar su flama ardiente  
lo tiene de ella ausente.

Pero antes será el mundo piezas hecho  
que falte Mirta bella de su pecho.

Dile que noche y día  
con pastoril zampona, o dulce avena  
por divertir la pena  
el nombre de su Mirta al cielo envía,  
y olvidan sus ovejas los pastores  
por oír sus loores;  
y el pecho alzó tal vez del ancho asiento  
el padre Tormes, y atendió a su acento.

Dile que en la delgada  
arena nunca hollada de la gente  
grava continuamente  
el dulce nombre de su Mirta amada,  
y crece, y sube con el olmo alzado,  
y que siempre empleado  
en formar de sus prendas larga historia,  
hará eterna de Mirta la memoria.

## CANCIÓN

*El Cádiz transformado y dichas soñadas del pastor Delio*

Desde que vivo ausente  
de la bella ciudad que fue la gloria  
donde hizo eterno asiento mi deseo,  
me está continuamente  
afligiendo de día su memoria,  
y de noche me sirve de recreo,  
y aunque en sueños no creo  
por ser regularmente necesidades;  
tal vez fueron misterios, y verdades,  
y he de contar con verso medido  
las dichas que he soñado  
en una noche fría,  
y era soñar el ciego que veía.

Soñé como transforma  
el sueño las ideas a su grado  
que no era Cádiz lo que se pensaba;  
sino de humana forma  
una pastora, que de mi ganado

los cándidos corderos apastada,  
y Mirta se llamaba,  
llena de honestidad, y de hermosura,  
centro de discreción, y de fe pura,  
y yo gozaba en suerte venturosa  
de su vista graciosa  
las veces que quería,  
y era soñar el ciego que veía.

Soñé que transformado  
Cádiz en Mirta bella, así me hablaba,  
«¿Con que presto del Tajo a la ribera  
trasladas el ganado?  
¡Triste la que nació mísera esclava!  
cierto puedes estar que si pudiera,  
con gusto te siguiera,  
hasta dejar los abundosos mares  
por la triste escasez del Manzanares,  
pero el alma, que es libre, irá contigo  
o quedará conmigo  
la tuya en compañía.»  
Y era soñar el ciego que veía.

Soñé que amarizadas  
mis ovejas dejaba en la espesura,  
y a la playa me fui sin curar de ellas,  
y noté unas pisadas  
bien estampadas en la arena pura,  
que juzgue ser de Mirta por lo bellas,  
siguiendo fui las huellas,  
y vi que con el dedo había formado,  
en la arena este indicio de su agrado:  
«Quien me sigue será correspondido,  
Delio lo ha conseguido,  
y Mirta lo escribía,»  
y era soñar el ciego que veía.

Soñé, que mis zagales  
me dieron una nueva lastimosa  
de Cádiz, y yo en llanto me anegaba  
llorando tantos males,  
y al punto llegó Mirta presurosa  
y vi que con un lienzo que tomaba  
el llanto me enjugaba,  
y aplicando la mano al casto pecho  
«Vive, Pastor, me dice satisfecho,

que en Cádiz vivirás eternamente,  
y yo muy ciertamente  
mi ventura creía;»  
y era soñar el ciego que veía.

Soñé que Mirta bella  
me miraba, y decía con agrado:  
«¿Por qué pasas, pastor, la vida triste?  
Ya cesó mi querella  
ya sé que tu caudal has retirado  
del banco genovés, donde perdiste  
en lo que allí impusiste.  
¿Qué trecho habrá desde la tierra al cielo  
pastor?» Y yo la dije sin recelo:  
«medido de tu mano diestramente  
un codo solamente»  
y ella se complacía,  
y era soñar el ciego que veía.

Soñé que divertido  
estaba yo a deshoras de la noche  
formando una canción a mi pastora.  
Sentí a mi puerta un ruido  
como si allí parado hubiera un coche,  
y luego se me dijo en voz sonora,  
«Delio, llegó la hora  
de que dejes las selvas, y el ganado  
pues no eres para rústico formado.  
Ven que en Cádiz te espera ansiosamente,  
con quien eternamente  
gozarás de tu día»  
Y era soñar el ciego que veía.

Yo de mi dicha cierto  
dejo el lecho dormido apresurado,  
y destinando, ruedo la escalera,  
y en el portal despierto  
bañado el rostro en sangre, y maltratado.  
Y vi que esta ventura ¡ah suerte fiera!  
Imposible me era,  
pues vi que aún subsistía irrevocable  
de Diana el decreto formidable,  
y aunque quedé del sueño mal herido;  
más que de él, ofendido  
de la verdad, con ceño  
miré la vida, y con placer el sueño.

Canción, vé a Mirta, y dí de parte mía  
que si de mi verdad, y amor dudaba,  
sepa que si soñaba  
el ciego que veía  
era sólo soñar lo que quería.

## CANCIÓN

### *A Melisa*

Andando yo cazando  
vi una blanca paloma, que batía  
las alas con extraño movimiento,  
y luego fui notando  
que por línea derecha descendía  
hacia la boca de un dragón hambriento;  
el cual con torpe aliento  
había su vigor entorpecido,  
y hacia sí la traía sin sentido,  
con tal dulzura y suavidad tan rara  
que si yo no llegara  
tan oportunamente,  
fuera despojo de su crudo diente.

Compadecido de ella  
disparé mi arcabuz, y dividida  
la columna de aliento, que mediaba,  
cayó a mis pies la bella  
paloma, sino muerta atontecida.  
Yo la puse en mi pecho, y fomentaba,  
por ver si en sí tornaba,  
mas ella apenas se hubo recobrado,  
después de haberme el corazón robado,  
hacia la fiera boca alzó su vuelo,  
y con tanto desvelo  
por ella se ha metido,  
como pudiera por su amado nido.

Estando en mi majada  
entregados al sueño los mastines  
vi que un lobo sagaz acometía  
a una cordera amada,  
que estaba de rebaño en los confines,

yo que más que a las otras la quería  
tras el lobo, que huía  
con el robo, siguiendo fui con priesa,  
y del hambriento diente hurté la presa;  
pero tan maltratada, que mirando  
la sangre amancillando  
del vellón la blancura,  
me llenó las entrañas de ternura.

Con bálsamo oloroso  
sus heridas curé compadecido,  
y desde entonces mucho más la amaba,  
mas ¡caso prodigioso!  
apenas hubo bien convalecido,  
volvió el lobo fatal que la buscaba  
y el ganado acechaba;  
y luego que lo vio la cordera  
de mis brazos saltó ¡quién lo creyera!  
Y fue siguiendo en pos del lobo hambriento  
con balido y lamento,  
y tan apresurada,  
como pudiera tras su madre amada.

Viniendo de camino  
vi un cazador astuto que tenía  
en redes varias aves encerradas,  
cuyo arte peregrino  
con fingido reclamo las traía,  
y a un engañoso cebo aficionadas,  
del daño no avisadas,  
se entraban en las redes con anhelo,  
pensando hallar su paz y su consuelo.  
Vi entre ellas una tórtola tan bella  
que enamorado de ella  
deseando lograrla  
di todo mi caudal por rescatarla.

Llevémela en el pecho  
a mi aldea y que cerca de allí estaba,  
y yo la regalaba con cuidado,  
y estando satisfecho  
de que ella mis halagos estimaba  
luego que ya me vido confiado,  
con vuelo acelerado  
caminó hacia la red en derechura,  
y en ella volvió a entrarse sin cordura,

y yo en vano fui a cobrarla presuroso,  
porque al hombre alevoso  
por más que le decía  
no pude persuadirle que era mía.

Melisa si entendieras  
lo que quieren decir estas visiones,  
no fuera quien las vio tan desdichado;  
entonces conocieras  
las astucias, engaños, y traiciones  
de que Delio prudente te ha librado;  
y hubieras estimado  
su mucha diligencia y mucho celo,  
pero al fin la verdad quitará el velo  
al engaño, y verás que aquel amante,  
a quien pagas constante  
de tu amor el tributo,  
es dragón, lobo, y cazador astuto.

## CANCIÓN COMENZADA

*El Genil triunfante al Darro quejoso*

¿Por qué te das tormento  
Darro, porque en triunfo conseguido  
tu nombre no has oído?  
¡Ay! deja ya la queja y el lamento,  
y torna a dar contento y alegría  
a tu angostura umbría,  
que si yo llevo el nombre en la victoria,  
del triunfo llevas tú toda la gloria.

Aunque del seno frío  
los dos nacemos de esa madre cana,  
plugo a la soberana  
Mino hacer de los dos un solo río.  
Para esto diste tú ricos caudales  
en tus raudos cristales,  
yo sólo el nombre di para el intento  
pobre caudal y tardo movimiento.

No tú como el Segura,  
que el triunfo celebró de la insolencia,  
y puso a la inocencia

en prisión insoluble y cárcel dura.  
Por eso condenaron sus raudales  
los dioses inmortales  
a ser de cara madre distraídos,  
y en las movidas tierras consumidos.

.....  
.....

## CANCIÓN

Copados chopos cuya sombra fría  
divierte mis cuidados  
y alivia mi fatal melancolía,  
si los dones trocados  
fuera vuestro mi triste entendimiento,  
mía vuestra dureza,  
vuestra mi alma y vuestro tronco mío;  
entonces yo contento  
mirara con tibieza  
el dolor vuestro más que el mármol frío.

Mas ahora que en mi daño conjurado,  
admiro el justo cielo,  
y de un amigo justo abandonado  
quedo solo en el suelo,  
abandonado a mis suspiros tristes,  
y fuera de mí mismo,  
falto ya de suspiros y de aliento;  
vosotros que le visteis  
en este sitio mismo  
decid si será justo mi tormento.

Aquí con rostro afable y cariñoso,  
mis faltas argüía,  
y sobre su Rabel armonioso  
mi mano dirigía.  
Aquí con eco blando y lastimero  
de sus penas cantaba,  
y la suerte del reino desdichado,  
o con tono severo  
los vicios afeaba  
encendido tu rostro y demudado.

Escuchaban los faunos retirados



su eco poderoso;  
las ramas de los árboles copados  
con silvo melodioso  
acompañaban su cantar divino,  
y con trinos suaves  
el eco a sus cantares respondía.  
Yo mísero y mezquino  
sus tonos siempre graves  
quise imitar con necia valentía.

Miraba el buen anciano mis intentos,  
y él mismo me animaba.  
Yo pintaba mis dulces sentimientos,  
y él me los retocaba.  
Cantaba yo de Fili los ardores  
en mi amor embebido,  
y atento me escuchaba y cariñoso,  
y al cabo mis amores  
condenaba entendido,  
y otro amor me mostraba más precioso.

Entonces asiendo de la dulce lira  
la majestad cantaba  
con que la tierra en torno al centro gira,  
y los brillos pintaba  
con que el sol se descubre en el oriente  
alegando la tierra,  
y de el pastor la pálida cabaña,  
o bien cuando la frente  
hiere de la alta sierra,  
y de dorada luz sus cimas baña.

¡Oh Delio, oh dulce Delio venturoso  
que en luz eterna ahora  
al hacedor contemplas poderoso,  
a quien tu ausencia llora,  
dígnate de mirar; su desaliento  
y su soledad triste  
consuela con un rayo de esa lumbre.  
Acaba su tormento  
tú que amor le tuviste,  
y llévale del sol a la alta cumbre.